

griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fué ordenada en la Iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV lo mandó, arreglándose sin duda al espíritu de la misma Iglesia, que celebraba ya á este gran Santo de tiempo inmemorial, como se deduce de los breviarios Muzárabe, el de Milan y otros muchos. Y es digno de notarse, que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado orden mendicante de Carmelitas, quienes tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad, como en Occidente, cuando en el siglo XI decayó notablemente, conservaron siempre una particular devoción á S. José, celebrando su festividad con sumo esmero. La esperiencia hizo conocer á los fieles cuan provechosa les era la intercesion del Esposo de María; y así para desahogar sus corazones clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre Sta. Teresa de Jesus, dirigieron á la silla de S. Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del Patrocinio de S. José. En efecto, el dia 6 de abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI que en la Dominica tercera despues de la Pascua de Resurreccion pudiesen celebrar esta festividad, dando á todos los cristianos el consueto espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutaban en el santísimo y virginal Esposo de la Madre de Dios y Madre de los pecadores.

*Que los Santos que reinan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres, que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su hijo Jesu-
cristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador;* es un dogma de fe conocido siempre en la Iglesia, establecido en los concilios, y singularmente en el de Trento, cuyas son estas palabras: (*Sess. 25.*) Ignoramos el grado de gloria y valimiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad que nos son notorias, es preciso afirmar, que el patrocinio de S. José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta verdad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, y ambos están afianzados en la gran santidad de nuestro santo Patriarca, y en la dignidad de padre putativo del Hijo de Dios, á que le destinó la eterna Sabiduría, y de Esposo de la Reina de los ángeles. Por-

que, ¿qué dignidad no contiene en sí ser esposo de María? Si el Discipulo amado del Señor es elogiado sin término solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¡cual será la dignidad de aquel que fué verdadero marido suyo; que tuvo en ella legitimo dominio y potestad; que fué su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó, y tuvo en su compañía hasta su dichosa muerte! Si el Bautista fué santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¡cuanta gracia, cuantos dones, cuanta santificacion causaria en nuestro Santo la conversacion continua de su Esposa! Si es imponderable la venturosa dignidad del santo Discipulo porque la llamó madre, ¡cuanto será la de S. José, á quien la Virgen llamaria señor y esposo! ¡O sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reina del cielo y Señora del mundo no se desdeñase de llamarte señor! Así esclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los padres. El mismo Dios dijo, que la mujer habia de ser una ayuda del varon hecha á su semejanza; de lo cual se forma esta reflexion, que es muy obvia: Si María es semejante á José, y es al mismo tiempo la pura criatura, ¡qué mas gracia, qué mas dignidad y poder tuvo ni tendrá hasta la consumacion de los siglos! ¡cuanta será la dignidad, cuanta la gracia y cuanto el poder de este Santo para decir con verdad que es semejante á su Esposa! Y si la semejanza es causa de amor, ¡cuanto seria amado de la Señora quien tanto se la parecia en las virtudes y en la gracia!

Sabia María, dice S. Bernardino de Sena, cuanta era la unidad matrimonial en el amor espiritual: sabia que S. José le habia sido dado por el Espíritu Santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser participante en el amor de caridad y obsequiosa solicitud de la prole divina que habia de nacer de su seno: y por tanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazon. Mas siendo del varon ó del marido lo que es de la mujer, creo que la bienaventurada Virgen comunicaba á su Esposo todo el rico tesoro de su corazon, estendiéndose su liberalidad adonde llegaba la capacidad de nuestro Santo. Hasta aquí son palabras de S. Bernardino: de donde puede inferirse la dignidad, la grandeza y esclarecidos merecimientos del bienaventurado Esposo. Porque si la mujer prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (*cap. 19.*): si es bienaventurado el varon fiel que logra una

mujer honesta y virtuosa, y es esta el premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, como dice el Eclesiástico (*cap. 26.*); ¡cuanta será la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mujeres, de quien mereció á la misma Madre de Dios! ¡cuanto será su poder, su virtud y su valimiento! ¡Mídale aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que á nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar á comprenderlo: y el mejor modo de conocer la dignidad de S. José, es el sencillo con que dijo S. Gregorio Nacianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Queréis saber, dice este Santo, quién fué este grande varon? Yo os lo diré en pocas palabras: Fué un digno marido de Gorgonia. De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Queréis saber quien es José? Es un digno esposo de Maria; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de *Padre de Cristo*. Prescindamos de la gloria y dignidad que le podria resultar, de que este título de *Padre* le convenga propiamente sin el adito de *putativo* ó *existimado*. El sabio varon Cornelio Alapide prueba con mucha erudicion y solidez que á S. José le conviene propiamente el título de *Padre de Cristo*, y cita en prueba de su modo de pensar á muchos teólogos de reputacion, y al gran padre S. Agustin. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogia de Cristo; ya del derecho legitimo con que el Santo poseia el cuerpo santísimo de la Virgen, y de consiguiente aquella purísima sangre de que fué formado el que unió y llevó á sí el divino Verbo; ya del derecho de posesion comun al esposo y á la esposa acerca de los bienes legitíamente adquiridos durante el matrimonio; ya porque Jesus tenia el derecho filial respecto de S. José, por el cual le pertenecia el reino de Judá, y de consiguiente S. José tambien habia de tener el derecho paterno, y otras semejantes, son razones bastante bien fundadas y que ningun teólogo cuerdo podrá tachar de frivolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de *Padre putativo de Cristo*, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder casi inmenso que hacen admirable su patrocinio.

De luego á luego basta para llamarle de algun modo padre del Salvador del mundo; y si este título en Maria arguye una dignidad sobre todos los ángeles y serafines, ¿cual será la que

se suponga en el santo Patriarca? Por este título *estaba sujeto Cristo á S. José*, como dice S. Lucas (*cap. 2.*): y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon esclama el gran padre S. Agustin (*Serm. 24 de Nativ. Dom.*): *Gózate, José santo; gózate y complácete en la virginidad de Maria, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio; la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima Esposa; que en premio eres llamado Padre del Salvador.* ¡Cuantos favores podemos pensar que haria Jesus á su Padre putativo! ¡qué don, qué privilegio le reservaria! Si al Discipulo amado le llenó de gracias con solo reclinarse una vez sobre su amoroso pecho, y llamarle hijo de su Madre santísima; José, que continuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos; ¡qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en la oracion de la Natividad de la Virgen que predicó en el concilio Constanciense, que se puede creer piadosamente, que este Santo fué santificado en el vientre de su madre: y afirma que se contiene así en el oficio jerosolimitano de este Santo; y que no solo este beneficio, sino el de haber subido en cuerpo y alma gloriosos al cielo juntamente con Jesucristo. Y á la verdad, prosigue este piadoso varon, si el mismo Cristo afirmó, que en donde él estuviere allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que S. José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas inmediato al trono de la Majestad, cuanto fué mas cercano y esmerado en el ministerio con que le sirvió en la tierra despues de Maria.

De todo lo dicho se infiere cuanto es el poder de S. José para favorecernos, y se puede formar el siguiente racionio: Si justamente tiene el padre dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir de este santo Patriarca, que tiene en cierto modo á su arbitrio y en sus manos toda la potestad de Jesus para favorecer á sus devotos: luego tiene un poder, á cuya estension no puede poner limites la necesidad mas extrema; un poder tan vigoroso que no se le puede representar necesidad ó calamidad que no sea inferior á su beneficencia; un poder en fin, que junto con una voluntad finísima, con que siempre está pronto á oír nuestras miserias, forma un patrocinio completo y perfectísimo: un patrocinio con tanta confianza, seguridad y poderío como que sus súplicas á Jesus y Maria se pueden reputar por

preceptos de un marido á su mujer, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso á S. José, titulada *la Josefina*, obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su héroe, y de que no tenemos que tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, y dirigido igualmente á celebrar las glorias de S. José, compuesto por el sabio maestro Valdivieso, que con tanta aceptación anda, no solo en las manos de los eruditos, sino también en las de los verdaderos devotos.

No basta que un sugeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su voluntad no se inclina á tan piadosa ejecución: así como no basta tampoco querer proteger á uno, y darle auxilio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuan grande es el poder y valimiento del patriarca S. José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocinio, y con cuanta razón le propone con festividad especial la santa madre Iglesia á los fieles sus hijos para su consolación y provecho. Muchas razones se pudieran traer para hacer ver que nuestro Santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo Patriarca y nuestras propias miserias, hallaremos suficiente fundamento para deducir lo que deseamos. No tiene duda, que cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto mas mueven los corazones humanos á la compasión. Nunca experimentó el pueblo de Dios mas pronta la protección divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresión: cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio: cuando en el desierto llegó á secarse de sed: cuando en Babilonia gemia entre la dureza de las cadenas y grillos: cuando Betulia estaba cercada de la sed, de la hambre y de la fiereza de los asirios, y cuando por todas partes le oprimían las desgracias; entonces las mismas miserias arrancaban del corazón del Todopoderoso la misericordia, aunque por otra parte tuviesen sus ingratitudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razón para no conocer cuánto distamos en este valle de lágrimas de la verdadera felicidad y ventura, se la harán percibir y confesar sus mismas pasiones, y la inquietud perpetua con que vive. ¡Cuántas miserias nos afligen! ¡cuántos peligros nos cercan! ¡cuántas

pénas nos ahogan! ¿Adónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso fijamos que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros ejercicios, las mismas personas con quienes comunicamos, ¿son otra cosa que una continua cadena de tropiezos, y una serie de desconfianzas, de sustos y de peligros? Vemos á Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo; y lo mismo le sucede á David, cuando por el contrario, estaba sujeto á un continuo cuidado y vigilancia: la comida es un peligro para el aborrecido Esaú; y no comiendo, encuentra Jonatás el mismo peligro: Noé pierde el juicio y la razón bebiendo; y el no beber lleva á Ismaél á la muerte: en la mar es sepultado Jonás en el vientro de una ballena; y corriendo por la tierra, queda Absalon colgado de una encina pasado el corazón á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz; necesitamos de patrocinio y ayuda, y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demás hombres, y habitase en un yermo, donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que guardarse de sus pasiones, se veria acosado de toda suerte de desventura, y tendria consigo todas las lástimas solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura; si cuando clamamos, clamamos con una voz flaca, formada entre las angustias de nuestro corazón; ¿cómo es posible que deje de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma formada de la misma piedad y ternura? ¿cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa que libertarnos de la opresión y de la miseria?

Ni esto quiere decir que sea precisamente necesario ser desdichados para hallar pronto el patrocinio de S. José; porque su generoso espíritu se rige por mas favorables motivos. El asemejarse á su sacratísima Esposa, el seguir las huellas y el ejemplo de aquel que no se desdenó ser reputado por hijo suyo y colocó en el nombre de Jesús ó Salvador todo el timbre de su gloria: el concurrir por su parte, como tan interesado en ello, á que logre toda su eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasión estéril por nuestra flaqueza: su alma misma ricamente abastecida de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, son el motivo mas poderoso de la fuerza de su voluntad. Verá á su dulcísima esposa María tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se

dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, aun en los mas perezosos en solicitarla: ¿y estará el santo Esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con entrañas de dureza? Verá á su santísimo hijo Jesus ofrecerse en víctima por el hombre: tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdicion: saltar los montes y los collados para socorrerle, y darle su sangre echando á las espaldas y al olvido sus ingratitudes y sus yerros, ¿y no abrirá San José el seno de su piedad? ¿y tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? Mirará nuestra perdicion, verá desperdiciada en nosotros la sangre preciosa que él alimentó con su trabajo, que cuidó con tanto esmero, y que del cielo le fué singularísimamente encargada como de un valor infinito, ¿y se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin esplicar con nosotros la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, segun S. Bernardo, él mismo abré su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte es ella de suyo tan clara, y está tan apoyada con la esperiencia, que aun cuando faltáran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplirian por todo las mismas obras. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de S. José, cuando ya ha visto con alegría que le enjuga las lágrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del Santo, y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, que le libró del apuro, que templó sus miserias, que remedió sus desgracias, y que previno su total ruina. Esto mismo han atestigüado muchos devotos de S. José; pero los acaecimientos de Sta. Teresa de Jesus, y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará citar á esta gran Santa, y al mismo tiempo gran maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado con la autoridad y con ejemplos, cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de S. José, de la fina voluntad con que favorece á los que se le encomiendan; y últimamente, de lo provechosa que es esta devocion, tanto para los males del cuerpo como para los del alma.

En el capítulo sexto de la vida de la santa Madre, escrita por ella misma, despues de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: «Tomé por abogado y señor al glorioso S. José, y encomendéme mucho á él: ví claro que así de esta necesidad, como

de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. Ni me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer: es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo esperiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenia nombre de Padre, siendo ayo le podia mandar) así en el cielo hace cuanto le pide.... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran esperiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año, en su día, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza para mayor bien mio.... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por la esperiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion. En especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas... Quien no halláre maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino.»

Todas las sabias, altísimas y elocuentes obras de esta gran Santa están recomendando la misma devocion con palabras semejantes á las que quedan referidas, que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas y afectuosas para recomendar el patrocinio de S. José. La misma Santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que consiguió de Dios por la mediacion de este gran Santo; pero entre todos merece una particularísima atencion el que la misma Santa refiere en una carta que escribió á un hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de orden del nuncio, que la juzgaba una mujer hechicera, bruja, engañadora y andariega, como se esplica la misma Santa. Allí experimentó toda la fineza con que este santo Patriarca socorre á sus aficionados y devotos; allí entre los horrores de la cárcel vió la Santa que se rompian los cielos, y que bajaba S. José cercado de resplandores y de gloria á consolarla, y darla cuenta del día en que habian de tener fin sus trabajos, y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á

tamaño beneficio dedicó la Santa el convento de monjas Carmelitas de Toledo al glorioso patriarca S. José. De todo se infiere, que bien se atiende á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran examinar los ejemplos y la esperiencia, siempre resulta para consuelo de los cristianos que S. José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio: que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo: que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el ejemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nosotros; y últimamente, la esperiencia testificada por los santos, todo está acreditando una voluntad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ajeno de todo rezelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su Padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solícita y amorosa nos propone esta festividad para que de ella saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros: bien seguros, de que si no recibiésemos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol S. Pablo, serán tan opimos y copiosos los frutos que sacaremos del patrocinio de San José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos; ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones; ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas, ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras; ni las prosperidades y fortuna henchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, seremos con el *Patrocinio de S. José* verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

La misa es del Patrocinio de S. José y en honor de este Santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus, ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cæ-

O Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre; concédenos, que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que

lis: Qui vivis et regnas in unitate Spiritus sancti, Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen. interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

La Epistola es del cap. 49 del Génesis.

Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu. Filia discurrerunt super murum; sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, invidenturque illi habentes jacula. Sed in forti arcus ejus, et dissoluta sunt vincula brachiorum et manuum illius per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israël. Deus patris tui erit adjutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus cæli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum, benedictionibus uberrum et vulvæ. Benedictiones patris tui confortatae sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniret desiderium collium æternorum: fiant in capite Joseph, et in vertice Nazaræi inter fratres suos.

Hijo que vas creciendo José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y riñeron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó sobre el (Dios) fuerte, y las ligaduras de sus brazos y de sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor y la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo, con las bendiciones del abismo que yace abajo; con las bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre sobrepujan á las de sus padres; hasta que venga aquel que es el deseó de los collados eternos: caigan sobre la cabeza de José, y sobre la corona del Nazareno entre sus hermanos.

REFLEXIONES.

Los patriarcas antiguos tenían la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendicion. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendicion era una profecia del bien ó del mal que habian de experimentar en el resto de su vida, y á las veces en estas

bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que cumplió despues Jesucristo, ya en su misma persona, y ya en la doctrina de su ley, de que hizo promulgadores á los santos apóstoles. En la Epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre se contiene la bendicion que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en ella, además de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el prometido, del cual fué figura José, le da á entender implicitamente en donde habia de colocar su confianza para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: *El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo y con las bendiciones del abismo.* Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin á que anhelan: porque solo Dios es el que sabe lo que les es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. El mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos sus amigos y amados suyos, fuesen tambien para nosotros unos poderosos intercesores, que le hiciesen presente nuestras miserias, y que en atencion á sus merecimientos lograsen mas fácilmente el remedio de nuestras penas y fatigas. Estas nos rodean y nos afligen continuamente mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fué hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que continuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce fácilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que pueda darle la mano con la felicidad de discernir si le será ó no conveniente el logro de lo que pretende, y con la voluntad y poder necesarios para satisfacer sus deseos cuando son justos y razonables. Se ciega miserablemente para no advertir en aquellos protectores que le destinó la divina misericordia, que pueden favorecerle con todas estas ventajas. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas; pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo ellos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para

nuestro daño, y nunca pudieran ser para nosotros mas crueles, que cuando al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ansia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y uno como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas; ¿pero en dónde se hallarán tantos bienes?

Yerra enormemente quien consiente encontrarle en el mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo: *El Dios de tu padre será tu ayudador.* En Dios enjugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, grandeza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro y ventura completa sin rezelos. ¡O Dios, y cuan errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas, para obtener de ellas los bienes que no podia encontrar sino en tí solo! Aunque esta luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aquí adelante se regulen por ellos todos mis deseos, y que no se estravie mi corazon.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Lucas.

In illo tempore: Factum est autem cum baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est caelum: et descendit Spiritus sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de caelo facta est: Tu es Filius meus dilectus; in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, y habiéndose bautizado Jesus, y estando éste orando; se abrió el cielo: y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal como una paloma; y se oyó del cielo esta voz: Tú eres el Hijo mio amado, en tí me complací. Y el mismo Jesus comenzaba ya á tener cerca de treinta años, hijo, segun se creia, de José.

MEDITACION.

Sobre la vanidad del favor humano.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuánta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuántas bajezas tienes que pasar para haber de conseguirle. El hom-

bre débil, flaco y miserable por su naturaleza no muda de constitucion aunque se siente en un dorado trono; aunque adorne sus miembros con oro, púrpura y piedrás preciosas; aunque le cerquen muchos erizados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo del poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano procurarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutaban; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y éstos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas favor, auxilio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el lleno de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que jamás pueden tranquilizar la holanda y los brocados: si vela, una multitud de negocios enfadosos le disipan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos: si se sienta á la mesa, la salud débil, y los humores enfermizos le hacen insipidas las mas esquisitas viandas: si va en fin al espectáculo, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen zozco, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuanta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto, otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á simular con el semblante benigno y amoroso un secreto

despecho que está royéndote el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas, confundido con una multitud de truhanes, que como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores: ¿qué mas? Te constituyes en una necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, á tus conocimientos, para lisonjear á aquel personaje de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque ¿como es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que lo llama ó reputa por negro y por malo? ¿como osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios. Ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho. Y este hombre exige de tí una gratitud anticipada, que apenas puedes verificar con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos, cuantos bastarian para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano le has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto aprecio tu misma inquietud, tu mismo abatimiento, tu deshonor mismo? ¿Serás todavía tan necio que conociendo todo esto quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que aun cuando el favor humano sea para tí tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifiques con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, en esto nada mas ha hecho que doblarte un peso que te oprime, agravarte mas el yugo, y hacerte responsable de mil maneras delante de Dios y delante de los hombres. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás nuevamente ligado con unas fuertes cadenas que se llaman gratitud; pero que en realidad no son otra cosa que unos lazos que atan mas fuertemente á tu alma la miseria y la desventura. El que hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos, y ó los has de seguir ciegamente, ó has de quedar con el remordimiento de haberle sido ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que deja en tu mano la responsabilidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen con-

sigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los lugares encumbrados hieren los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que están en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de estraña grandeza y hermosura que vió en sueños el rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4, verás que su misma grandeza fué la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa que un recinto de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofia; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un día en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos mortales en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que S. Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara, diciéndole (*epist.* 237.): «Considero la altura del puesto, y temo la caída: miro la cumbre de la dignidad en que estás, y veo á su lado un profundo despeñadero que acaba en el abismo.» Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pretendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

JACULATORIAS. — Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en tí toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan como á protector y padre. (*Psal.* 9.)

Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré. (*Psal.* 17.)

PROPOSITOS.

Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu Santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon le convenga que al favor que con tanta ansia

solicitan los hombres de sus semejantes. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarle. La razon y la esperiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos, que se verificará sin remedio en el día terrible de la muerte. Ya es tiempo de conocer al mundo y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon, Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable Providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de tí. Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendías, acaso te sucederia lo que á la ignorante mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

DOMINGO CUARTO DESPUES DE PASCUA.

NADA particular ofrece este domingo, sino lo que es comun á todo el tiempo pascual; esto es, la renovacion de la alegría espiritual, que es el efecto de la resurreccion del Salvador, y una continuacion del fervor que debe ser el fruto en el corazon de los fieles. Los griegos le llaman el domingo de *Semi-Pentecostes*; esto es, de la semana que divide los cincuenta días que hay desde Pascua hasta Pentecostes, pues que el miércoles siguiente es el día vigésimoquinto desde el domingo de Resurreccion. Aunque la Iglesia convida á todos sus hijos á las demostraciones de una alegría santa que la gracia produce en una conciencia tranquila y en un corazon puro, convida principalmente á los gentiles á que celebren con cánticos de alegría su vocacion á la fe, y á que reconozcan con himnos de accion de gracias el beneficio singular que el Señor les ha hecho sacándolos de las espesas tinieblas del paganismo. No formando ya los judíos y los gentiles sino un solo pueblo en la Iglesia por la vocacion á la fe del Salvador, deben tener los mismos sentimientos y el mismo idioma; á esta union de